

grandes manos cubiertas de tonos violáceos como hojas de viña en fin de otoño: Belzebú, acurrucado en las cenizas, frente de él, con aspecto famélico y lastimero, seguía con atención profunda el hervidero asmático de la marmita.

—Mucho tarda hoy en llegar el señor,—murmuró Pedro al ver á través de los ahumados y amarillentos cristales de la única ventana que alumbraba la cocina disminuir y apagarse el último rayo luminoso del sol poniente al borde de un cielo cubierto de densas y lluviosas nubes.—¿Qué placer puede encontrar en pasearse solo por las landas? Es verdad que este castillo es tan triste, que no alcanzaria uno á fastidiarse fuera lo que dentro de él.»

Oyóse por fin un alegre ladrido; el caballo golpeó con sus patas el suelo del establo é hizo rechinar sobre el borde de su pesebre la cadena á que estaba sujeto; el gato negro interrumpió el tocado que habia comenzado pasándose su pata humedecida primeramente con saliva por sus carrillos y por encima de sus recortadas orejas, y dió algunos pasos hácia la puerta como animal afectuoso y bien criado que conoce sus deberes y con ellos se conforma.

Abrióse la puerta; Pedro se levantó, quitóse respetuosamente la gorra, y el recién llegado hizo su aparición en la sala, precedido del viejo perro de que ya hemos hablado y que ensayaba un brinco y volvía á caer pesadamente bajo la carga de los años.

Belzebú no demostraba á Miraut (que tal era el nombre del perro) la antipatía que sus semejantes profesan de ordinario por la gente canina. Le miraba al contrario muy amistosamente, girando sus verdes pupilas y arqueando el lomo. Se comprendía que se conocían de larga fecha y se hacían á menudo compañía en la soledad del castillo.

El baron de Sigognac, pues no era otro el que acababa de entrar en la cocina que el señor del desmantelado castillo, era jóven de veinte y cinco á veinte y seis años, aunque al primer golpe de vista aparentaba algunos más, tan grave y tan serio

era. El sentimiento de la impotencia, que sigue á la pobreza, habia hecho huir la alegría de sus facciones y caer esta flor primaveral que vivifica los rostros juveniles. Dos oscuros cercos rodeaban sus ojos ya amortiguados, y sus hundidas mejillas hacían resaltar de un modo notable sus pómulos; sus bigotes, en vez de atusarse gallardamente en punta, los llevaba caidos y parecían llorar al lado de su triste boca; sus cabellos, peinados con abandono, colgaban en mechones negros á lo largo de su pálida faz con una ausencia de coquetería rara en un jóven que hubiera podido pasar por guapo, y mostraban una renuncia absoluta á toda idea de agradar. La costumbre de un pesar secreto habia impreso señales dolorosas á una fisonomía que un poco de dicha hubiera trocado en hermosa, y la resolución natural á su edad parecia huir delante una mala suerte inútilmente combatida.

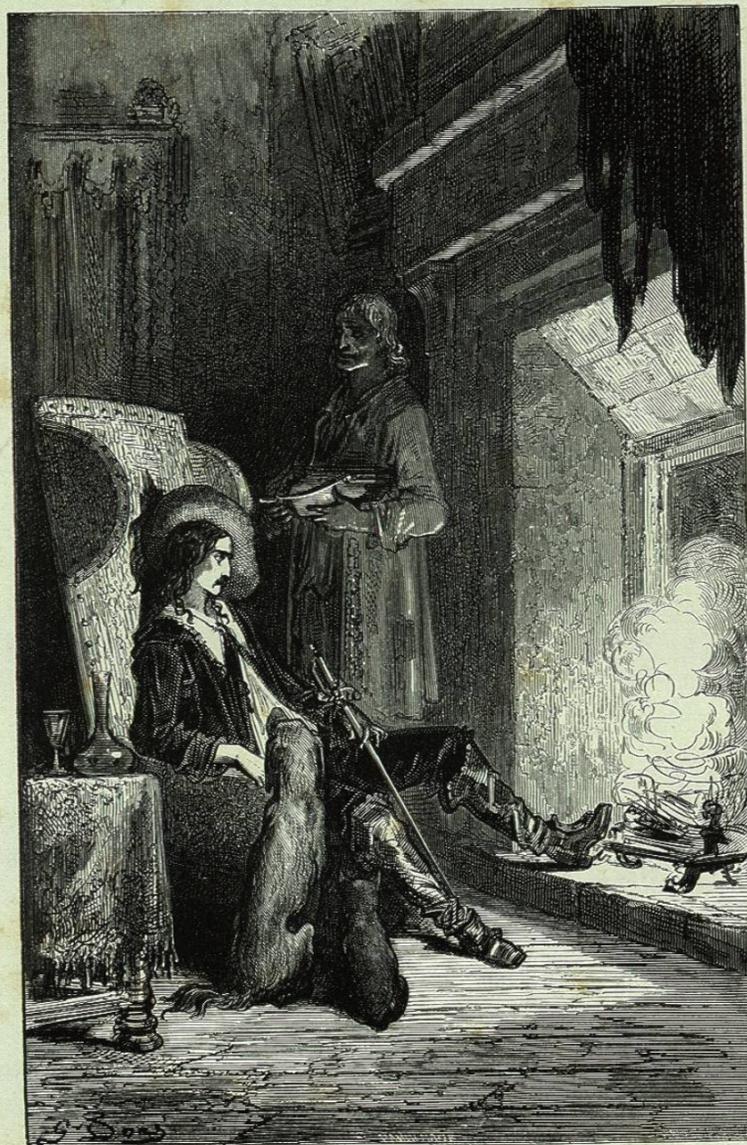
Aunque ágil y de constitucion más robusta que débil, el jóven baron se movía con lentitud apática, como quien ha dimitido la vida. Su gesto era adormecido y muerto, y se conocía que le era perfectamente igual permanecer acá ó allá, irse ó volver.

Llevaba en la cabeza un viejo fieltro gris, abollonado y roto, tan ancho, que le caía hasta las cejas, y le obligaba á levantar la cabeza para ver. Una pluma, á la que sus raras barbas daban la apariencia de una espina de pescado, se adaptaba al sombrero, con la visible intención de figurar un penacho, y caía abandonadamente hácia atrás, como avergonzada de sí misma. Un cuello de guipur antiguo, cuyos bordados no eran debidos todos á la habilidad del obrero y al que la vetustez añadia más de un desgarró, caía sobre su traje cuyos flotantes pliegues daban patente muestra de haber sido cortado para hombre más alto y más grueso que el aflautado baron. Las mangas de su jubon ocultaban las manos como las mangas del hábito de un fraile, y entraba hasta el vientre en sus descomunales botas, en las que en defecto de espuelas de otro metal las llevaba de hierro.

Estos desechos heteróclitos habían pertenecido á su difunto padre, muerto hacia algunos años, y del que acababa de usar los trajes, que hubiera rechazado un ropavejero ya en la época en que dejó de existir su primer poseedor. De esta suerte liado en aquellos vestidos, quizás muy á la moda al principio del reinado precedente, el jóven baron presentaba un aspecto á la vez ridículo y conmovedor, y á no ser por su delgadez y su talla hubiérasele tomado por su propio ascendiente. Aunque profesase veneracion verdaderamente filial por la memoria de su padre y que á menudo las lágrimas le acudiesen á los ojos al vestirse tan caras reliquias, que parecían conservar en sus pliegues los gestos y las actitudes del viejo hidalgo difunto, no era precisamente por gusto que el jóven Sigognac se disfrazaba con el guarda ropa paterno, sino porque no poseía otros trajes; y muy afortunado había sido todavía con poder desenterrar del fondo de una maleta aquella parte de su herencia, pues sus vestidos de adolescente se habían vuelto asaz pequeños y demasiado estrechos, al revés de lo que acontecía con los de su padre, que tenían la ventaja de caerle holgadamente. Los campesinos, que no percibían más los rotos del jubon que las grietas del castillo y estaban además acostumbrados á venerarlos en los hombros del viejo baron, no los encontraban ridículos sobre los del hijo, y los saludaban con igual deferencia; Sigognac, por pobre que fuese, era siempre á sus ojos el señor, y la decadencia de aquella familia no les conmovía como podido hubiera á los extraños; y era sin embargo un espectáculo asaz grotescamente melancólico ver pasar el jóven baron metido en sus viejos vestidos, sobre su viejo rocin, acompañado de su viejo perro, como el caballero de la muerte de Alberto Durero.

El Barón se sentó en silencio á la mesa, despues de haber respondido con un cariñoso movimiento de mano al respetuoso saludo de Pedro.

Este descolgó la marmita de las llaras, y vertió el con-



TERMINADO EL RAQUÍTICO FESTIN, EL BARON PARECIÓ CAER
EN DOLOROSAS REFLEXIONES.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
180. 1925 MONTERREY, MEXICO

tenido sobre algunas transparentes rebanadas de pan metidas con antelacion en una escudilla de barro que colocó delante del Baron; luego sacó del armario un pedazo de pastel temblando sobre una servilleta salpicada de harina de maíz y lo colocó en la mesa. Este manjar, con la sopa untada con una dedada de manteca de cerdo robada, sin duda, del cebo de una ratonera, vista su exigüidad, formaba la frugal cena del jóven, quien comia con aire distraido entre Miraut y Belzebú, ambos en éxtasis y con el hocico levantado, á cada lado de su silla, aguardando que cayesen algunas migajas del festin.

De cuando en cuando el Baron arrojaba á Miraut, que no dejaba llegar el bocado al suelo, un pedazo de pan que el jóven habia aproximado al tarro de manteca para darle cuando ménos cierto perfume de carne. La costra tocaba al gato negro, la satisfaccion del cual se traducia por rugidos sordos y una pata extendida hácia delante, con las uñas fuera, como presto á defender su presa.

Terminado el raquíico festin, el baron pareció caer en dolorosas reflexiones, ó cuanto ménos en una distraccion cuyo motivo nada tenia de agradable. Miraut habia colocado su cabeza encima de la rodilla de su amo y fijaba en él sus ojos velados, por la edad, de un color azulado, pero que parecian querer despedir una chispa de inteligencia casi humana. Hubiérase dicho que adivinaba los pensamientos del Baron y buscaba darle testimonio de su simpatía. Belzebú hacia rodar su torno tan estrepitosamente como Berta la hilandera, y exhalaba pequeños plañideros gritos para atraer hácia sí la atencion desviada de Sigognac. Pedro estaba de pié á alguna distancia, inmóvil como esas largas y envaradas estátuas de granito que se ven en los pórticos de las catedrales, respetando la meditacion de su señor y aguardando que le diese alguna orden.

Entretanto la noche habia cerrado, y anchas sombras se extendian por los recodos de la cocina, como murciélagos que se cuelgan en los ángulos de las paredes por los dedos

de sus membranosas alas. Algunas brasas medio apagadas, que revivían algunas ráfagas que se colaban por la chimenea, coloreaban con reflejos extraños el grupo reunido al redor de la mesa con una especie de intimidad triste que hacia resaltar más aun la melancólica soledad del castillo. De una familia en otro tiempo poderosa y rica sólo quedaba un vástago aislado, errante cual sombra en aquel castillo que habitaran sus ascendientes; de una librea numerosa no quedaba más que un solo criado, servidor por voluntad, quien no podia ser reemplazado; de una jauría de treinta galgos no sobrevivía más que uno, casi ciego y caído de vejez, y un gato negro servía de alma á la desierta morada.

El Baron hizo una seña á Pedro indicando que queria retirarse.

Pedro se inclinó hácia el hogar, encendió un pedazo resinoso de madera de pino, especie de vela económica que emplean las pobres gentes del campo, y echó á andar delante de su señor, á cuyo cortejo se unieron Miraut y Belzebú: el turbio resplandor de la antorcha hacia vacilar en las paredes de la escalera los descoloridos frescos y daba cierta apariencia de vida á los ahumados retratos del comedor, cuyos negros y fijos ojos parecían lanzar miradas de dolorosa compasion á su descendiente.

Llegado que hubieron al fantástico dormitorio que hemos descrito, el anciano criado encendió una lamparita de cobre cuya torcida se enroscaba en el aceite como un temia en el espíritu de vino en el escaparate de un farmacéutico, y se retiró seguido de Miraut. Belzebú, que gozaba de grandes privilegios, se instaló sobre uno de los sillones, mientras el Baron se dejaba caer en otro, abrumado bajo el peso de la soledad, de la ociosidad y del fastidio.

Si el dormitorio tenia durante el dia el aspecto de un congreso de aparecidos, peor lo ofrecia aun de noche, á la dudosa claridad de la lámpara. La tapicería tomaba colores lívidos, y el cazador, sobre un fondo de sombría verdura, se conver-

tía, iluminado de esta suerte, en sér casi real. Parecia, con su arcabuz en la mejilla, un asesino acechando á su víctima, y su encarnada boca, boca de vampiro teñida en sangre, resaltaba más marcadamente aun sobre su pálido semblante.

La llama de la lámpara, movida por la húmeda atmósfera, se encogía y desparramaba resplandores intermitentes, el viento lanzaba suspiros de órgano á través de los corredores, y mil ruidos pavorosos y singulares llenaban las desiertas habitaciones.

El tiempo se presentaba tempestuoso; gruesas gotas, impulsadas por la tramontana, chocaban contra los vidrios sacudidos en sus armaduras de plomo. Algunas veces las ventanas parecían ceder y abrirse como obedeciendo á exterior impulso. Era la rodilla de la tempestad que se apoyaba sobre el frágil obstáculo. De vez en cuando, y como para añadir una nota á la armonía, uno de los buhos, acurrucados bajo el alero del tejado, arrojaba un grito parecido al de un niño degollado, ó, contrariado por la luz, venia á chocar contra la ventana produciendo con sus alas siniestro ruido.

El castellano de aquel triste castillo, acostumbrado á aquellas lúgubres sinfonías, no paraba en ellas la menor atención. Sólo Belzebú, con la inquietud natural á los animales de su especie, movía á cada ruido las raíces de sus cortadas orejas y fijaba sus ojos en los sitios oscuros, como si en ellos hubiese percibido, con sus nictalopes pupilas, algo invisible para el ojo humano. Aquel gato visionario, de nombre y figura diabólicos, hubiera alarmado á otro ménos valiente que el Baron, pues tenia facha de saber muchas cosas aprendidas durante sus nocturnas correrías á través de los desvanes y de las salas inhabitadas del castillo; más de una vez debió de tener, al extremo de un corredor, encuentros que hubieran hecho encanecer los cabellos de un hombre.

Sigognac tomó de encima de la mesa un pequeño libro sobre cuya súcia encuadernacion se veía el escudo de la familia, y empezó á hojearlo con dedo indolente. Si sus ojos